

EL ERROR FUNDAMENTAL DEL PARTIDO

Julián Gorkin

Creo que la primera condición que hay que imponerse al intervenir en la discusión abierta en el Partido es la de una sinceridad absoluta. Hay que superar, en la medida de lo posible, los estados pasionales, los personalismos, y tener sólo en cuenta el interés supremo del Partido. Quienes asumieron tareas de dirección no deben colocarse por eso en actitud defensiva y tratar de justificar o de cubrir sus errores, si tienen la evidencia de haberlos cometido, pues éste sería de todos el error menos excusable; deben ser ellos, por el contrario, los primeros en proclamar y en tratar de corregir esos errores. Quienes no asumieron tales tareas no deben tratar por eso de aprovechar su situación "privilegiada" para arremeter contra los demás. Un verdadero partido marxista revolucionario, basado en el centralismo democrático, debe formar, tanto en la elaboración como en la aplicación de su política, un todo homogéneo, un conjunto armónico, una máquina cuyas piezas son interdependientes las unas de las otras, pues de otra manera no es tal partido revolucionario ni democrático, sino un partido caudillista y de acaudillados, de dirigentes y de dirigidos. Decía Rosa Luxemburgo en 1904, polemizando con Lenin, que prefería mil veces los errores cometidos por el conjunto del partido y de la clase obrera que los aciertos de una minoría de dirigentes -de "revolucionarios profesionales"-, pues los errores de masa sirven a su formación mientras que los aciertos de una minoría dirigente pueden servir a su encumbramiento, al concepto de su "infabilidad" y a su dictadura burocrática sobre la masa. Opino como Rosa Luxemburgo, sobre todo a la vista de la experiencia rusa, y aún teniendo en cuenta las condiciones especiales en que tuvo que emprender Lenin la organización del Partido Bolchevique. En un verdadero partido marxista revolucionario las responsabilidades son conjuntas, si bien las de los miembros de los Comités son más visibles, más directas, más concretas. Yo he sido en el Partido eso que se llama un "dirigente", es decir, un miembro colocado en la dirección. Empezaré por decir que pienso observar, como tal, la norma de sinceridad que exijo de los otros y que no pienso sacudirme, por otra parte, ninguna de las responsabilidades que me correspondan.

¿Ha cometido errores el Partido?

Es ésta, a mi juicio, la primera pregunta que hay que hacerse: ¿ha cometido errores el Partido? Yo creo que muchos y de bulto. Se trata ahora de saber en qué condiciones han sido cometidos, en qué han consistido exactamente y cómo hay que corregirlos. Pero antes creo necesario formular algunas observaciones preliminares. Tengo más que nunca el convencimiento de que un militante, un partido, un proletariado no aprenden, de una manera eficaz y positiva, más que a través de su propia experiencia. Es cierto, como dijo Lenin, que "sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria posible". Pero Lenin, marxista eminente, sabía también que la teoría es hija de la acción, que la una es interdependiente de la otra, que "vale más un hecho que diez programas", según la afirmación de Marx, y, en fin, que el proletariado forma su conciencia a través, sobre todo, de su propia acción, de su propia experiencia. Se aprende más en un año de revolución que en veinte años de lecturas revolucionarias. Yo creo haber leído cuanto de esencial se ha publicado sobre la Historia del Partido Bolchevique -la verdadera, no la vergonzosa falsificación que hacen circular por ahí los miserables empleados de Stalin. Durante la Revolución rusa de 1905 el Partido Bolchevique tenía ya a su cabeza hombres tan eminentes como Lenin y Trotski. El Partido fue, sin embargo, a tientas, cometió grandes errores, no estuvo a la altura de las circunstancias. Fue después de 1905 cuando el Partido elaboró su verdadero pensamiento, su verdadera táctica: puede decirse que sin la preciosa experiencia de 1905 no hubiera sido capaz de ponerse a la cabeza de la Revolución de 1917 y hacerla triunfar. Yo no quiero, en manera alguna, que esto pueda servirnos de excusa. La Historia tenía derecho a ser mucho más exigentes con nosotros que con los revolucionarios de 1905, ya que nosotros podíamos contar con toda la experiencia revolucionaria de la postguerra, periodo de todos el más rico desde el punto de vista de las luchas sociales. Tengo el firme convencimiento, en todo caso, de que el Partido, colocado ante una situación revolucionaria semejante a la que hemos vivido, no cometería los errores que ha cometido. Ello quiere decir que le creo en situación de corregir esos errores y de aprovechar la experiencia pasada para elaborar el pensamiento y la táctica que deben convertirle en el verdadero partido de la Revolución española. Para el Partido debe ser severo, cuanto más severo mejor, en la crítica de sí mismo. No olvidemos que la actual discusión puede tener -debe tener- para el Partido lo mismo que para el proletariado español e internacional, una importancia histórica.

La ausencia de Maurín

Ya he dicho anteriormente que un verdadero partido marxista revolucionario -y el POUM lo es- es un partido anticaudillista. Hay hombres, sin embargo, cuyo pensamiento, cuya acción, cuya vida van unidos estrechamente al pensamiento, a la acción, a la vida de un partido. Eso quiere decir que el

hombre y el partido se confunden y complementan, que el hombre es producto del partido tanto como el partido del hombre. La Historia moderna nos ofrece un ejemplo acabado a este respecto: el de Lenin y el Partido Bolchevique. ¿Sin Lenin hubiera sido lo que fue el Partido Bolchevique? ¿Y sin Lenin hubiera el Partido Bolchevique hecho triunfar la Revolución rusa? Por mi parte no lo creo. No tiene esto nada que ver, claro está, con la creencia en el "hombre providencial". Los grandes acontecimientos históricos son producto del determinismo económico y social; las grandes corrientes sociales, que determinan las revoluciones, se producen independientemente de la voluntad del hombre; pero la intervención de éste en una situación y en un momento dados, al frente de una fuerza consciente y disciplinada, puede imprimirles un carácter u otro, un desenlace u otro. Todos los militantes poumistas saben que Maurín era el verdadero organizador del Partido y que poseía extraordinarias cualidades de dirigente obrero. Soy enemigo de cultos y fetichismos y no menos enemigo de la palabra "jefe" en el movimiento obrero; tengo que reconocer, sin embargo, que de los muchos militantes que he tenido la ocasión de conocer en los diferentes países de Europa ninguno, salvo Lenin, reunía las cualidades de Maurín, ninguno merecía la apelación de "jefe" obrero como él, aun cuando fuera él mismo el primero en no admitirla. Maurín poseía la autoridad, la capacidad, la firmeza de convicciones a la vez que la flexibilidad táctica, la visión de conjunto de los problemas y el golpe de vista rápido y certero, cualidades todas que hacen al jefe. Un hombre así es por demás precioso, casi indispensable, al frente de un partido, a condición de que no falte, sobre todo en el momento culminante de la acción. Lenin, artífice del Partido Bolchevique, pudo encontrarse a la cabeza de éste en el momento culminante de la acción, cuando tenía que llenar su alta misión histórica; Maurín, artífice del POUM, se encontró ausente precisamente en ese momento. La ausencia de Maurín, durante todo el curso de la Revolución española, ha sido fatal para el Partido. Era él quien centralizaba en sus manos todos los hilos del Partido; esa mano fue cortada, y cada hilo quedó suelto, precisamente en el momento en que había que tenerlos más firmemente en ella. Sin intención de disminuir lo más mínimo las cualidades de los demás militantes del Partido, debo proclamar honradamente que ninguno podía recoger en su mano los hilos del Partido y hacerlos mover conforme a las exigencias de los acontecimientos. Cada uno de nosotros poseíamos una característica especial, una cualidad estimable; ninguno de nosotros poseíamos el conjunto de características y de cualidades necesarias para llenar el vacío dejado por Maurín.

Hechas las afirmaciones que anteceden tengo que hacer ahora otra, con la misma honradez. Tengo la convicción de que de haberse encontrado Maurín al frente del Partido, después del 19 de Julio, éste no hubiera cometido los errores que ha cometido y hubiera llenado un papel extraordinariamente más brillante del que ha llenado; la presencia de Maurín no hubiera evitado, sin embargo, el curso de los acontecimientos, el trágico desenlace sufrido por la revolución y por la guerra. A los elementos trotskistas que, *a posteriori*, nos dirigen las más acerbas críticas, que nos acusan poco menos que de traición, les diremos que Lenin y Trotski al frente del POUM, en las circunstancias en que se han producido la guerra y la revolución españolas, no hubieran sido capaces de evitar la catástrofe. Se trata de analizar ahora, brevemente, esas circunstancias.

El mundo entero contra la revolución española

El limitado espacio de que dispongo me impide establecer un cuadro comparativo de las circunstancias en que se produjo la revolución rusa y de las que rodearon a la revolución española. Hacemos ese estudio en un largo folleto que no tardará en publicarse. Nos limitaremos a examinar hoy cuál era nuestra situación en 1936.

Empezaremos por hacer una afirmación, que constituye el A B C del marxismo y del leninismo: una revolución sólo puede triunfar si los factores internacionales, además de los nacionales, le son propicios y favorables. Si no, está condenada a perecer, sea cual fuere su heroísmo. Ahora bien; la revolución española ha tenido que luchar contra el mundo entero. El fascismo español encontró, desde el primer momento, la ayuda activa de los otros fascismos; no se trataba de una batalla de la reacción española, sino de una batalla de la reacción mundial contra el proletariado español. Los países sedicentemente democráticos, con su política de No Intervención, contribuyeron a la victoria de Franco tanto como los países totalitarios. Por encima de las rivalidades imperialistas, una razón de clase, conservadora, las llevaba a sabotear una posible victoria fulminante de nuestras armas, que, en la situación política y social de España, se hubiera transformado casi automáticamente en una victoria de la revolución. Tanto los países totalitarios como los países "democráticos" se encontraban unidos frente a la revolución. Esta unión contrarrevolucionaria quedaba establecida a través del famoso Comité de No Intervención, tapadera de la intervención a favor de Franco. De este Comité formaba también parte la URSS. Sin embargo la URSS intervino en la política y en la guerra española a los tres meses de producirse esta última. Pero la intervención de la URSS ha contribuido aún más a la derrota española que la No Intervención de las potencias "democráticas". Todo nos permite llegar hoy a la siguiente conclusión: para Stalin la guerra española constituía una simple operación estratégica; intervino en ella con el propósito de establecer su dictadura, su hipoteca política y militar, y hacerla jugar en su política exterior, respecto, principalmente, de Inglaterra y Francia; fracasado su plan totalitario, a pesar de las numerosas complicidades encontradas, Stalin ha querido y ha propiciado la derrota. ¿Con qué fin? Con el fin de alejar el peligro de guerra del Este y del Extremo Oriente, donde la URSS se sentía amenazada por Alemania y el Japón, hacia el Mediterráneo occidental; con el fin de

que Mussolini, triunfante en España, agudizara sus reivindicaciones imperialistas cerca de Francia, lo que debía obligar a este país y a Inglaterra, ante el peligro de guerra en torno al Mediterráneo, a buscar la alianza de la URSS, en lugar de abandonarla a su aislamiento, frente a Hitler y al Mikado. Si Stalin hubiera querido, nos hubiera ayudado a ganar la revolución y la guerra; contribuyó como nadie a perder la guerra. El mundo entero estaba, por consiguiente, contra la revolución española.

Nuestro único aliado era el proletariado internacional. Este se encontraba, sentimentalmente, a nuestro lado. Pero su simpatía, su adhesión sentimental no podía bastarnos. Prácticamente se encontraba en la mayor impotencia para aportarnos una ayuda efectiva. Sus organizaciones tradicionales estaban también contra la revolución española: la II Internacional, sosteniendo a los imperialismos democráticos -recuérdese la actitud de Blum en Francia y la de Spaak en Bélgica-; la III Internacional, domesticada y burocratizada, aplicando ciegamente las órdenes de Stalin. Los únicos que se encontraban abiertamente a nuestro lado eran los partidos marxistas independientes, pero éstos constituían por doquier una minoría. En una palabra: el proletariado internacional no podía aportarnos una ayuda en armas, no podía sabotear el envío de armas a los fascistas ni estaba en condiciones de realizar una acción revolucionaria contra sus burguesías, que hubiera sido de todas la mejor ayuda. En tales condiciones, la revolución española estaba condenada a perecer. Esto no lo digo yo ahora, a *posteriori*; ya a comienzos de 1937, en una conferencia de información hecha en París, ante militantes de toda solvencia internacional, dije que si la clase obrera, sobre todo en Francia e Inglaterra, no era capaz de modificar los factores internacionales, la relación de fuerzas en presencia, el proletariado español, a pesar de su heroísmo extraordinario, sería vencido. Todos los presentes, empezando por los trotskistas, se vieron obligados a reconocer la razón de mis palabras.

El POUM antes del 19 de Julio

Yo creo que toda la política de nuestro Partido antes del 19 de Julio fue fundamentalmente justa. Un partido como el nuestro, minoritario en Cataluña y casi inexistente en el resto de España, fue capaz de organizar las Alianzas Obreras de Cataluña y Valencia y de contribuir grandemente a la organización de las de Asturias y Madrid -no quiero establecer distingo alguno, a este respecto, entre los militantes del Bloque Obrero y Campesino y los de la Izquierda Comunista, fusionados más tarde en el POUM-. Después de Octubre, nuestro Partido se esforzó por mantener las A.O.; el stalinismo y el reformismo las asesinaron, con lo cual contrajeron una inmensa responsabilidad histórica. Nuestro Partido denunció, desde el primer momento, el carácter contrarrevolucionario del Frente Popular. El 1 de noviembre de 1935, ante la proximidad de las elecciones, propuso a los partidos socialista y comunista la formación de un Frente Obrero; éste debía presentarse solo a las elecciones, sostenido por la gran masa de la UGT y la CNT, o, de ir en coalición con los republicanos, debía imponerles a éstos un programa mínimo y la mayoría en las candidaturas. Stalinianos y reformistas dieron la llamada por respuesta, aceptaron las condiciones programáticas de los republicanos y les aseguraron la mayoría en las elecciones. Hizo bien nuestro Partido en no ir solo a las elecciones; ya que, por culpa del stalinismo y del reformismo, no era posible darles un carácter de clase y de fidelidad al espíritu de Octubre, había que conseguir, por lo menos, un doble resultado inmediato: desalojar a la reacción del Poder y devolver a la lucha a los 30.000 presos de Octubre. No procediendo así nos hubiéramos hecho cómplices de la reacción y nos hubiéramos aislado de las masas. ¿Puede acusársenos de haber hecho la política del Frente Popular, como afirman cínicamente los trotskistas? No. Ni un solo instante dejamos de denunciar el Frente Popular en nombre de la independencia del proletariado; durante la campaña electoral afirmamos repetidamente que los republicanos, de nuevo en el Poder, procedería mucho peor aún que durante el primer bienio. Después de las elecciones, nuestro Partido fue el único en plantear el dilema ante el que nos hallábamos de una manera clara y concreta: revolución o contrarrevolución, socialismo o fascismo. O la clase obrera española era capaz de solucionar el dilema en favor del socialismo o el fascismo vendría a imponer la solución contrarrevolucionaria. Nuestro Partido, por boca de Maurín, fue el único también en advertir del peligro reaccionario que se cernía sobre el país y de la incapacidad en que se encontraban el Gobierno y el Parlamento frentepopulistas para hacer frente a ese peligro. Los acontecimientos nos dieron la razón en todo. Lo único que no previmos, lo único que no se pudo prever, fue el momento exacto en que se produciría el estallido contrarrevolucionario. Pero esto no era una cuestión de previsión dialéctica, sino de información policíaca. de haber poseído esa información, los acontecimientos no hubieran sorprendido a Maurín en Galicia, sino en Barcelona, al frente del Partido.

El POUM después del 19 de Julio

¿Estuvo el POUM a la altura de las circunstancias el 19 de Julio y en los días ulteriores? Sí y no. En la tarde del 18, el único manifiesto que circuló por las calles de Barcelona previniendo a la clase trabajadora del peligro de sublevación militar e incitándola a la lucha fue el del Comité Ejecutivo del POUM. Por la noche realizamos diversas gestiones, del mayor interés. Visitamos diversas veces a las organizaciones obreras, con la sola excepción del Partido Comunista, a las que invitamos a constituir inmediatamente un frente obrero revolucionario, encargado de dirigir la lucha contra el fascismo. Todas las respondieron con la negativa. También vistamos la Consejería de Gobernación y la Jefatura de Policía, en solicitud de armas. Se nos negaron por lo mismo que se nos habían negado en Octubre

de 1934: por miedo a que aplastada la sublevación, dirigiéramos esas armas contra los gobernantes incapaces. La noche del 18 fue una noche de movilización general del Partido. En la mañana del 19, nuestros camaradas lucharon en las calles como nadie. El 20, al lado de los militantes cenetistas, determinaron la caída de Capitanía General y de la Maestranza y se apoderaron de una buena cantidad de armas. Nuestro Partido fue el único en lanzar, ya el día 19, la orden de huelga general y un llamamiento a los soldados para que se unieran al pueblo contra los sublevados. Tenemos la convicción firme de que el POUM cumplió plenamente con su deber durante esas gloriosas jornadas.

¿Y después? El Partido, en su conjunto, dio pruebas de gran iniciativa. En unos días organizó una columna, que partió con las dos de la CNT para el frente de Aragón. La primera clínica, la primera caballería, la primera banda militar que aparecieron en Barcelona fueron las nuestras. El primer carro blindado que se fabricó en Cataluña lo fue por nuestros camaradas de Tarrasa. Nuestro Partido daba pruebas de una iniciativa, de un espíritu creador, de una actitud verdaderamente sorprendentes. No fue una casualidad que los marinos del "Almirante Miranda", al abordar en Barcelona, se dirigieran al POUM. Tampoco es una casualidad que todas las fuerzas de Cataluña, empezando por la CNT, nos miraran con un principio de temor y de desconfianza, que se tradujo en una lucha sorda y en una amenaza permanente contra nosotros. Se tenía la costumbre de menospreciar a nuestro Partido; en unos cuantos días éste conquistó importantes posiciones e impuso, no sólo el respeto, sino incluso el temor.

Sin embargo la dirección de nuestro Partido no estuvo a la altura de las circunstancias. Casi estoy por decir que, al comienzo al menos, no hubo dirección. El Comité Ejecutivo apenas se reunía. Cada uno de sus componentes actuaba conforme a su buen parecer o bajo el impulso del espíritu creador de la masa o el desarrollo de los acontecimientos. Iba, realmente, a remolque de éstos. No comprendió al comienzo su extraordinaria importancia; se vio sorprendido por ellos. No tuvo una visión de conjunto de los grandes problemas que como partido revolucionario se le planteaban y de la solución que había que dar a cada uno de ellos. Bien es verdad que ninguna otra organización tuvo esa visión, que todas se vieron sorprendidas por los acontecimientos y actuaron a remolque de ellos. No sé si esto puede constituir una excusa. Yo estoy dispuesto a admitir todas las críticas. Me permito indicar, sin embargo, que no sólo durante los primeros días, sino durante los primeros meses de la revolución, nadie -y este nadie engloba a Trotski y los trotskistas- fue capaz de hacernos una crítica constructiva, de prestarnos con sus consejos una ayuda eficaz. Es mucho más fácil criticar a *posteriori* que prever y aconsejar a *priori* una posición justa.

El Comité Central de Milicias

Hasta ahora no se ha intentado, que yo sepa, una verdadera caracterización del Comité Central de Milicias. ¿Qué fue éste? ¿Un órgano de poder revolucionario? Fue creado, efectivamente, bajo el fuego de la lucha revolucionaria contra la reacción militar-fascista. Su creación se debe a un compromiso entre la CNT y Companys, es decir, entre la fuerza mayoritaria del proletariado de Cataluña y la pequeña burguesía impotente, que venía gobernando desde la proclamación de la República. El Comité Central de Milicias no era, por consiguiente, un órgano de clase, sino un órgano mixto. La caracterización que me parece más justa es ésta: el Comité de Milicias era una prolongación del Frente Popular, ampliado a la CNT y al POUM. Tanto en Cataluña como en resto de la España antifascista se daba la siguiente paradoja: la principal responsable de la sublevación militar-fascista era la burguesía republicana; fue la clase obrera la que aplastó a aquella en los principales centros del país, adueñándose de la calle y, de hecho, de los frentes; sin embargo, en Madrid seguían gobernando los republicanos burgueses y en Cataluña subsistía un Gobierno pequeño burgués, al mismo tiempo que la pequeña burguesía tenía una importante participación en el Comité Central de Milicias, que era el Gobierno efectivo. Repetidas veces denunció nuestro Partido esta anomalía y pidió la liquidación de los republicanos del Gobierno y la formación, tanto en Madrid como en Barcelona, de un Gobierno obrero. ¿Pero quiénes podían formarlo? En Madrid, los socialistas, que constituían la fuerza mayoritaria; en Barcelona, la CNT, de acuerdo con el POUM. Pero los socialistas, tanto de la izquierda, de la derecha como del centro, no querían oír hablar de revolución y de poder obrero y lo sacrificaban todo al Frente Popular y a la "conquista de la amistad de las potencias democrático-burguesas". Y en Barcelona la CNT, que podía haber tomado el Poder con suma facilidad, no sabía que hacer con él y lo sacrificaba a un compromiso frentepopulista con la pequeña burguesía republicana. Esta misma CNT, que capitulaba así ante la "Esquerra" y firmaba una alianza con la UGT, realmente con el PSUC staliniano, nos miraba con gran desconfianza a nosotros y, en realidad, nos declaraba la guerra por doquier. Aún así, gracias al impulso de las masas obreras y campesinas, Cataluña constituía la vanguardia revolucionaria y suscitaba la hostilidad del Gobierno central. este exigía inmediatamente la liquidación del Comité Central de Milicias, al cual le negaba las armas y los créditos necesarios para adquirirlas y para desarrollar una potente industria de guerra. Por fin se decidió su liquidación. El POUM propuso su mantenimiento y su conversión en el único Poder, mediante la liquidación del fantasmagórico Gobierno de la Generalidad. Esta proposición no fue aceptada por ninguna otra organización. El POUM cometió entonces un error: no plantear el problema del mantenimiento y la defensa del Comité Central de Milicias, con toda claridad y toda energía, ante las masas obreras y campesinas de Cataluña. En general fue éste el error del POUM, error grave para un partido proletario y revolucionario: plantear los problemas por arriba, en los Comités y en su Prensa, sin llevarlos, con la

suficiente decisión y energía, a la conciencia de las masas, sin hacer todo lo necesario por movilizarlas en torno a ellos. Pero este error de actuación y de táctica era producto evidente de otro fundamental: no haber sabido plantearse, ni teórica ni prácticamente, el problema del Poder y, por consiguiente, de los órganos de Poder, de la conquista del Estado y del establecimiento de la Dictadura del Proletariado. Y sin plantearse claramente este problema fundamental mal podía llevarlo a la conciencia de las masas. Esto le obligó, evidentemente, a ir a remolque de las demás fuerzas, principalmente de la CNT, en lugar de provocar la consiguiente diferenciación en su seno y de arrastrar en pos nuestro por lo menos a la parte más avanzada y revolucionaria de la gran organización confederal. ¿Quiere ello decir que, de habernos planteado claramente ese problema, hubiéramos llegado a conquistar el Poder en Cataluña? No lo creo. La confabulación contrarrevolucionaria era demasiado fuerte, desde el punto de vista internacional, en la España antifascista y en la propia Cataluña. Sin la CNT, la empresa era difícilísima, por no decir imposible. Teníamos el deber elemental, sin embargo, de plantearnos el problema, de intentar resolverlo, de acuerdo con las masas obreras y campesinas. No hacerlo fue un error capital, que nos incapacitaba como partido revolucionario. Un error aún mayor sería no reconocerlo hoy con toda sinceridad y toda franqueza.

Nuestra participación en el Gobierno de la Generalidad

La cuestión de la Participación del POUM en el Gobierno de la Generalidad ha sido -y sigue siendo- una de las más discutidas, dentro y fuera del Partido. El acuerdo fue adoptado por unanimidad en un Comité Central del Partido. Que yo recuerde, no se señaló, al menos inmediatamente, ninguna oposición a dicho acuerdo en la base del Partido. La colaboración gubernamental suscitaba, sin embargo, un malestar, una repugnancia casi general en el Partido. ¿Fue justa dicha colaboración? Yo creo que sí. Trataré de justificarla.

El Consejo de la Generalidad, formado en septiembre, tenía la misma composición, la misma representación proporcional de fuerzas, que el Comité Central de Milicias, que venía a sustituir. Su programa económico y social era el adoptado por el Consejo Económico de Cataluña. Este programa había sido redactado por el camarada Nin. Su adopción había dado lugar a una lucha seria en el seno del Consejo Económico, casi a una ruptura entre las diversas fuerzas. Lo suscribieron desde el primer momento el POUM, la CNT, la FAI y la Unió de Rabassaires. Lo impugnaron, en nombre de un programa extraordinariamente más moderado, la Esquerra, Acció Catalana, el PSUC y la UGT. Cuatro organizaciones contra cuatro. Las primeras amenazaron con una ruptura; argumentaron, con razón, que para la realización de dicho programa, que respondía a la situación real y a la profunda aspiración de las masas obreras y campesinas, no necesitaban el consentimiento de las otras organizaciones, que señalaban ya con toda claridad una posición moderada y antirrevolucionaria. Estas se sometieron, al menos provisionalmente. Desgraciadamente no se produjo la ruptura. Nuestro Partido hubiera debido empujar hacia ella, hacer todo lo posible por provocarla. En lugar de circunscribir la cuestión al conocimiento del Consejo Económico y de los Comités, es decir, por arriba, hubiera debido llevarla, con toda claridad y energía, a la conciencia de las masas obreras y campesinas. La ocasión era extraordinariamente favorable para ello. Para la CNT y la FAI lo mismo que para los rabassaires, la revolución era, ante todo, un problema de economía, de socialización o sindicalización de las empresas y de colectivización de la tierra. Nuestro Partido cometió el error profundo de no plantear el problema en su doble aspecto económico y político, es decir, de no ligar el problema de la transformación económica al problema del Poder. Hubiera debido hacerlo así de cara a las masas obreras y campesinas, apoyándose firmemente en ellas. La Esquerra y Acció Catalana no representaban, prácticamente, nada: habían sido destruidas y sobrepasadas realmente, por los acontecimientos. El PSUC y la UGT no habían tenido tiempo aún de desarrollar y afianzar sus posiciones. Separadas de la obra de transformación económica, denunciadas como fuerzas antirrevolucionarias y de conservación social, relegadas al mismo tiempo al margen del Poder, hubieran quedado reducidas a la mayor impotencia. No se hizo así en nombre de un prejuicio, que ha jugado un papel altamente reaccionario en el curso de los acontecimientos: el mantenimiento de la "unidad antifascista", opuesto a la necesidad de la diferenciación revolucionaria, necesidad que nuestro Partido se limitó a plantear en las columnas de *La Batalla*, en lugar de llevarla a la conciencia de las masas y al terreno de la realidad y de la lucha económica y política. A primera vista pareció que las cuatro organizaciones antirrevolucionarias capitulaban ante las otras; en realidad, como demostraron más tarde los acontecimientos, la capitulación era de las fuerzas revolucionarias, al dejar a las otras en los organismos económicos y políticos desde donde podían cobrar fuerza y sabotear la obra revolucionaria. Es ésta, a mi juicio, la lección fundamental que hay que sacar de los primeros meses de revolución en Cataluña.

El Consejo de la Generalidad tenía, pues, la misma composición que el Comité Central de Milicias y hacía suyo el programa del Consejo Económico de Cataluña. Su base, el mantenimiento de la unidad antifascista, era falsa; pero ni nuestro Partido ni ninguna otra fuerza había sabido determinar otra base más firme y concreta, mediante la consiguiente diferenciación revolucionaria. La situación real en septiembre era la siguiente. Las potencias totalitarias le aportaban una ayuda decidida a Franco. Las potencias "democráticas" se colocaban decididamente contra la España antifascista, contra la España revolucionaria, consentían y hasta apoyaban indirectamente la ayuda a Franco y decidían el embargo contra nosotros. Rusia no había decidido aún su intervención y aplicaba respecto de nosotros la

misma política que las potencias "democráticas". Los fascistas, que abandonados a sus solas fuerzas hubieran sido ya aplastados por doquier, se armaban y fortalecían cada día más, conquistaban población tras población en los diferentes frentes -salvo en el frente de Aragón donde, de haber dispuesto de material, hubiéramos conquistado seguramente Huesca, Jaca y Zaragoza-, avanzaban hacia Madrid. Además del material italoalemán disponían de la gran reserva de hombres que les ofrecía Marruecos. El Gobierno central, lo mismo el presidido anteriormente por Giral que el presidido entonces por Largo Caballero, no tenía más que una preocupación: conquistar la amistad y el apoyo de las potencias democráticas y de la URSS, a los cuales estaba decidido a sacrificar la revolución. La vanguardia y la garantía más positiva de la revolución era Cataluña. ¿Podría ésta mantener sus posiciones frente a los que, desde dentro y desde fuera, querían reducirla? El Comité Nacional de la CNT pedía su participación en el Gobierno central. Una participación sin condiciones. En lugar de constituir una garantía revolucionaria seria, en nombre de la unidad antifascista, un factor antirrevolucionario más. De hecho quedaría prisionera del Gobierno central en la persona de sus ministros. Un Gobierno de la Generalidad sin el POUM no tardaría en reducir a la CNT y en capitular ante Madrid. Cataluña iría perdiendo su papel de vanguardia revolucionaria. El espíritu y las conquistas de Julio irían desdibujándose y perdiéndose progresivamente. La Esquerra y el PSUC, de acuerdo con Madrid, irían cobrando fuerza, afianzando sus posiciones antirrevolucionarias. Todo aconsejaba la participación del POUM en el Gobierno de la Generalidad. Las masas obreras y campesinas y los combatientes no habrían comprendido nuestro aislamiento. Nuestros adversarios nos hubieran acusado entonces de saboteadores de la unidad antifascista y esta acusación no hubiera dejado de encontrar eco en el espíritu de las masas.

¿No habíamos colaborado en el Comité Central de Milicias y en el Consejo Económico de Cataluña? ¿Habíamos sido capaces de plantear en su seno, y paralelamente en la conciencia del proletariado y de los campesinos, el problema de la diferenciación revolucionaria y del Poder? No. Nuestra entrada en el Consejo de la Generalidad era una consecuencia lógica de toda nuestra actitud anterior. Nadie podrá negar un hecho evidente. Durante los meses de septiembre a diciembre, gracias al POUM, la CNT no capituló ante la Esquerra y el PSUC, y el Consejo de la Generalidad no capituló ante el Gobierno central. Cataluña logró mantener su fisonomía revolucionaria, su papel de vanguardia de la revolución. Las conquistas de Julio fueron mantenidas. La obra de Nin en Justicia fue una obra constructiva y revolucionaria. Instituyó los Tribunales Populares, acabando con el absurdo terrorismo incontrolado y de efectos antirrevolucionarios de la primera hora y dándole una legalidad a la justicia revolucionaria. Instituyó una ley de matrimonio y divorcio digna de la legislación revolucionaria de la Rusia de Octubre. Concedió los derechos a la juventud, sin distinción de sexos, a partir de los 18 años. El camarada Nin cometió un error evidente: aceptar la disolución de los Comités de localidad y la reorganización de los Ayuntamientos, con la misma proporción de fuerzas del Gobierno de la Generalidad. Un Comité Central Ampliado del Partido, reunido al día siguiente, acordó unánimemente no aplicar el decreto, que daba una representación legal extraordinaria a la Esquerra, a Acció Catalana y al PSUC, en detrimento de la CNT y, sobre todo, del POUM. No es ello menos cierto que dicho decreto supuso un golpe serio para nosotros y, por consiguiente, para la legalidad revolucionaria, para los Comités revolucionarios, surgidos de Julio.

De todas formas el PSUC comprendió que, mientras estuviera el POUM en la Generalidad, sería muy difícil reducir a la CNT y preparar la liquidación contrarrevolucionaria desde las alturas del Poder. Precisamente por eso, tras una odiosa campaña de prensa contra nosotros, provocó la crisis de diciembre y exigió la salida del POUM del Gobierno de Cataluña. Esta acción del PSUC se veía sostenida por una criminal maniobra desde fuera: el sabotaje en el envío de armas para el frente de Aragón. El stalinismo, que había logrado mediatizar la política militar del Gobierno central, planteó brutalmente el problema: o sale el POUM de la Generalidad o no hay armas para el frente del Este. Y el POUM fue eliminado de la Generalidad. Después de lo cual el nuevo Consejo, con la aceptación de los dirigentes cenetistas, fue anulando una tras otras las conquistas de Julio, fue escamoteando sistemáticamente la revolución. Con la salida del POUM de la Generalidad empieza la curva descendente de la revolución en Cataluña y, por consiguiente, en toda la España antifascista. Para reducir la resistencia de las masas de Cataluña, el stalinismo tenía que recurrir más tarde a la provocación. Yo tengo la convicción de que la contrarrevolución antisocialista, dada la situación desde el punto de vista nacional e internacional, dados los factores que jugaban en nuestra lucha y la relación de fuerzas en presencia, era fatal e inevitable. Pero una cosa era evidente: que el POUM facilitó, en parte, esa obra no aprovechando los tres primeros meses de auge revolucionario, de empuje de las masas, para plantear abiertamente el problema de la diferenciación revolucionaria, de la separación de las fuerzas antirrevolucionarias y, en fin, del Poder. Esto debe constituir para nosotros y para el conjunto del proletariado una lección de un valor incalculable. No es posible desaprovechar los momentos revolucionarios propicios, malgastar las fuerzas de la revolución. Los errores que se cometen durante los primeros momentos se pagan inevitablemente luego. Un partido revolucionario no puede dejarse sorprender por los acontecimientos, ir a remolque de ellos, sino que debe estar preparado para hacerles frente, para aprovecharlos al servicio de su finalidad revolucionaria. Debe tener una visión de conjunto de los problemas de la revolución y una solución realista, de acuerdo con los intereses y las profundas aspiraciones de las masas, para cada uno de ellos. Y debe plantearse, como problema fundamental, el del Poder, a cuya conquista debe someter toda su táctica, toda su

acción. El dilema socialismo o fascismo, justamente planteado por nuestro Partido antes del 19 de Julio, se planteaba después ante las masas, por toda la situación, con caracteres agudos. O el proletariado y, a su cabeza, el partido revolucionario, era capaz de resolver ese dilema en favor del socialismo o su fracaso tenía que conducir fatalmente a la victoria del fascismo. Y es lo que ha sucedido. El POUM no quiere ni puede rehuir [..?.. sus responsabilidades. Se trata ahora de que sepa aprovechar la lección en favor del proletariado español e internacional.